



Justo Arteaga Alemparte: prensa, opinión pública y autonomía intelectual

MARCELO SANHUEZA¹

La prensa no ha estado jamás llamada a traer ni preparar las revoluciones por la vía de las armas. Al contrario: la prensa ha venido hacer que la discusión, ganando la delantera a las bayonetas, reemplace las balas por las ideas, las espadas por las plumas, el ruido de los trenes de artillería por el de las prensas de vapor, y que en vez de sangre corra a torrentes, si se quiere, la tinta.

(Justo Arteaga Alemparte. “Todos tienen razón”).

Justo Arteaga Alemparte (1834-1882) fue un destacado periodista y pensador chileno nacido en Concepción, proveniente de una familia de tradición liberal que había luchado por la independencia². En la segunda mitad del siglo XIX constituyó un selecto grupo de intelectuales que colaboró en la formación de la cultura nacional y en la modernización del periodismo del momento. Su trabajo en la prensa fue inagotable, siendo considerado por sus contemporáneos como un actor fundamental en el desarrollo de una opinión pública autónoma del poder y diversa en sus preocupaciones temáticas (Amunátegui Jordán 540; Figueroa 112-114). Esto permitió que también sus escritos fueran

muy populares entre los lectores de la época, debido a la transversalidad y pluralidad de su enfoque periodístico. Augusto Orrego Luco dirá de él que fue “uno de nuestros más fáciles y brillantes periodistas, bajo cuya fácil pluma las palabras iban a tomar los animados colores de la vida, i hasta las ideas más triviales, cierto aire de novedad, de audacia i de elegancia” (pp. 33-34). No obstante, Arteaga Alemparte ha ocupado un lugar secundario en el examen de nuestra historia intelectual y crítica cultural recientes, eclipsado tal vez por las obras de autores decimonónicos de la talla de José Victorino Lastarria (1817-1888), Francisco Bilbao (1823-1865), Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886) o Alberto Blest Gana (1830-1920), sobre quienes se ha expresado una preocupación mayor por su estudio.

Pese a este relego, Arteaga Alemparte fue un agente cultural de enorme relevancia durante el siglo XIX, puesto que contribuyó en la mayoría de los debates públicos y políticos de la época a través de su labor periodística y, desde el parlamento, como diputado en varios períodos³. En este sentido, es destacable su participación en el Círculo de Amigos de las Letras (1859-1864), fundado por Lastarria, donde se incorporó prácticamente toda la intelectualidad santiaguina de la época, incluyendo a su hermano Domingo Arteaga Alemparte, con distintas tendencias políticas. Entre sus socios podemos destacar a los hermanos Gregorio Víctor Amunátegui y Miguel Luis Amunátegui, Manuel Carrasco Albano, Benjamín Vicuña Mackenna, los hermanos Guillermo,

¹ Profesor de Literatura en la Universidad Alberto Hurtado. Coordinador RED LEXIS (Lecturas y escrituras sobre el siglo XIX latinoamericano).

² Su padre, Justo Arteaga Cuevas (1805-1882), fue general del ejército y participó en la revolución de 1851 en calidad de miembro de la Sociedad de la Igualdad (1850-1851). Por este motivo, fue proscrito y tuvo que radicarse en Lima con su hijo Domingo.

En 1857, pudo regresar a Chile gracias a una ley de amnistía promovida por el Congreso y promulgada por el gobierno de Manuel Montt (Figueroa, p. 111).

³ Diputado propietario por Puchacay (1858-1861), suplente por Chillán (1861-1864) y Valparaíso (1864-1867). Posteriormente fue diputado propietario durante dos períodos consecutivos por Valparaíso (1876-1882).

Joaquín y Alberto Blest Gana, Eduardo de la Barra, junto con los futuros presidentes liberales Federico Errázuriz y Domingo Santa María, entre otras personalidades del período⁴. La mayoría de sus socios también fueron miembros de la Sociedad de la Igualdad, quienes fundarán posteriormente la Sociedad de Unión Americana (1862-1867), que se organizará para promover la unidad americana frente a la intervención en México de Francia y las arremetidas hispanas en Hispanoamérica (López, p. 121).

Justo Arteaga Alemparte durante su trayectoria intelectual escribió centenares de artículos, opúsculos y folletos sobre múltiples temas en la mayoría de los medios relevantes de la prensa nacional de la segunda mitad del siglo XIX (Silva Castro, pp. 83-85). En este contexto, se destacó principalmente como un tenaz redactor, editor, difusor y formador de la prensa chilena independiente y de la opinión pública liberal (Ossandón, pp. 100-102). Arteaga Alemparte reconoce y valora el papel de la opinión pública como “un moderador y consejero de los pueblos” (1967b, p. 108), aunque en el Chile de la época señala: “es tan solo un fantasma con que se espanta a los tímidos, una bella palabra con que se cautiva a los ilusos, una potencia que todos invocan, pero que nadie teme [...] nadie la respeta ni obedece porque no existe” (1967b, p. 108).

En su calidad de periodista y promotor de una opinión pública plural, participó, por ejemplo, en periódicos y revistas nacionales como: *El País* (1857), *La Actualidad* (1858), *El Correo Literario* (1858), *La Asamblea Constituyente* (1858), *El Mercurio* (1867-1868), entre muchos otros. Aunque la función más sobresaliente se evidencia cuando comenzó a escribir en el diario *El Ferrocarril*, primero como colaborador (1859-1866), y luego a

cargo de la redacción (1871-1875). En este medio también se publicaron, sin distinción ideológico-partidista, muchos textos de los más reputados pensadores y políticos del país como Miguel Luis Amunátegui, Isidoro Errázuriz, Benjamín Vicuña Mackenna, José Victorino Lastarria, por nombrar solo algunos. Es importante indicar, además, que *El Ferrocarril* durante la segunda mitad del siglo XIX se transformó en el principal medio informativo e independiente del país, interviniendo en los debates político-sociales centrales en Chile (Santa Cruz, pp. 86-87).

Durante el tiempo en que Arteaga Alemparte participó en *El Ferrocarril*, este medio se manifestó como un fuerte opositor de las intervenciones imperiales de Francia en México (Santa Cruz, p. 89) y de la anexión de Santo Domingo por España, así como también de la ocupación de las islas Chinchas en Perú, que culminó con la Guerra de Chile contra España (López, p. 139). Por esta razón, *El Ferrocarril* ha sido catalogado como uno de los principales representantes de la prensa americanista de la década del 60 en Chile (Home, p. 35), que será coherente con el despliegue político e intelectual que Arteaga Alemparte también estaba realizando coetáneamente, tanto en su labor de periodista como en su quehacer político como diputado.

Paralelamente a sus actividades en *El Ferrocarril*, junto a su hermano Domingo Arteaga Alemparte, crearon *La Semana. Revista noticiosa, literaria y científica* (1859-1860), que colaboró en la difusión y la ampliación del campo literario y en la modernización de la prensa en Chile (Silva Castro, pp. 34-35). Posteriormente ambos hermanos fundaron *La Libertad* (1866-1871) y *Los Tiempos* (1877-1882), que elaboraban contenidos propios de tipo político-social, aunque también reproducían artículos y

⁴ La lista completa de socios proporcionada por Lastarria se puede encontrar en *Recuerdos literarios* (pp. 249-250).

opiniones de la prensa internacional, siendo ambas publicaciones “referentes importantes del desarrollo de una «publicidad política» activa y crítica” (Ossandón, p. 89). En *Los Tiempos* el foco principal fue entregar noticias y opiniones variadas sobre el desarrollo de la Guerra del Pacífico (1879-1884), donde los Arteaga Alemparte procuraron mostrar los problemas de orden interno y de relaciones internacionales. Para esta labor, evitaron caer en la retórica nacionalista, belicista y racista de pensadores como Vicuña Mackenna⁵, al privilegiar una perspectiva crítica y amplia sobre el conflicto aunque en defensa de los intereses nacionales, ya que, como señala Justo Arteaga, la prensa “es, pues, eminentemente pacífica y conciliadora” (1967a, p. 103).

Además, Justo Arteaga fundó su propio periódico, *Diógenes* (1870-1871), cuyo objeto fue el de examinar los acontecimientos políticos del momento y ayudar a la conformación de una opinión pública informada y analítica que, en palabras elogiosas de Silva Castro, “viene a ser, en suma, una pieza maestra de la literatura política de Chile, y ofrece vistas sobre la psicología nacional que solo podían ser auspiciadas por un verdadero maestro del examen de la realidad” (p. 64). Justo Arteaga Alemparte criticaba con dureza la prensa partidista y parcial que en Chile fue muy común durante gran parte del siglo XIX.

⁵ Sobre el discurso belicista, nacionalista y racista de Vicuña Mackenna y otros políticos e intelectuales durante esta guerra, recomendamos revisar el trabajo de Carmen Mc Evoy. “Civilización, masculinidad y superioridad racial: una aproximación al discurso republicano chileno durante la Guerra del Pacífico (1879-1884)”.

⁶ En lo tocante a este tema, Ossandón destaca que el publicista “se juega en la relación compleja que establece entre sus propios productos escriturales y la circulación o proyección de estos en una esfera definida por el interés público, y en la cual concurren y discuten distintas voces del entramado social y político. Como «sujeto enunciativo», más que como instancia productora individual, el «publicista»

Nuestro autor, en cambio, señala que la prensa debía ser:

[...] superior a los intereses, pasiones, odios y ambiciones del momento [...] es necesario en una palabra, que empapada, penetrada por su alta misión, jamás se deje influenciar por los hombres, sus miserias y sus egoísmos, y diga a todos la verdad tanto a los que están abajo como a los que están arriba, pueblo y poder, oposiciones y gobierno (1967a, p. 104).

Fue durante la década del 60, asimismo, cuando el periodista comenzó a participar con mayor injerencia en los debates políticos y culturales chilenos a través del poder que la prensa comenzaba a operar. De esta forma, Arteaga Alemparte representaría la emergencia de la figura del intelectual publicista que se distancia del sabio-letrado tradicional al estilo de Andrés Bello o José Victorino Lastarria del que teoriza Ángel Rama. Esto porque, como ha puesto de relieve Carlos Ossandón, la especificidad del publicista consiste no solo en cumplir una función estatal ligada a la construcción del Estado nacional y de sus ciudadanos, sino que también en propiciar una opinión pública más amplia y diversa, no limitada al ejercicio exclusivo del poder político⁶. De todos modos, es menester precisar que tanto el sabio como el publicista son igualmente

discurre desigualmente por «autores» y periódicos que son distintos entre sí [...]. Esta nueva modalidad no se confunde con el «reporter» que se consolida con la llegada del telégrafo (que comienza a operar desde 1851) y de otras modernizaciones, ni se identifica del todo con el modelo propiamente iluminista o doctrinario; exhibe una voluntad menos formalizadora y disciplinante que la del sujeto estatal-fundador, no se reconoce tampoco en esa función puramente instrumental y ocasional del sujeto de la *prensa de barricada*, ni se articula en función de los requerimientos de sujetos sociales específicos. Tiene sí una vocación más pública o periodística que el «literato» de la generación de 1842” (pp. 43-44).

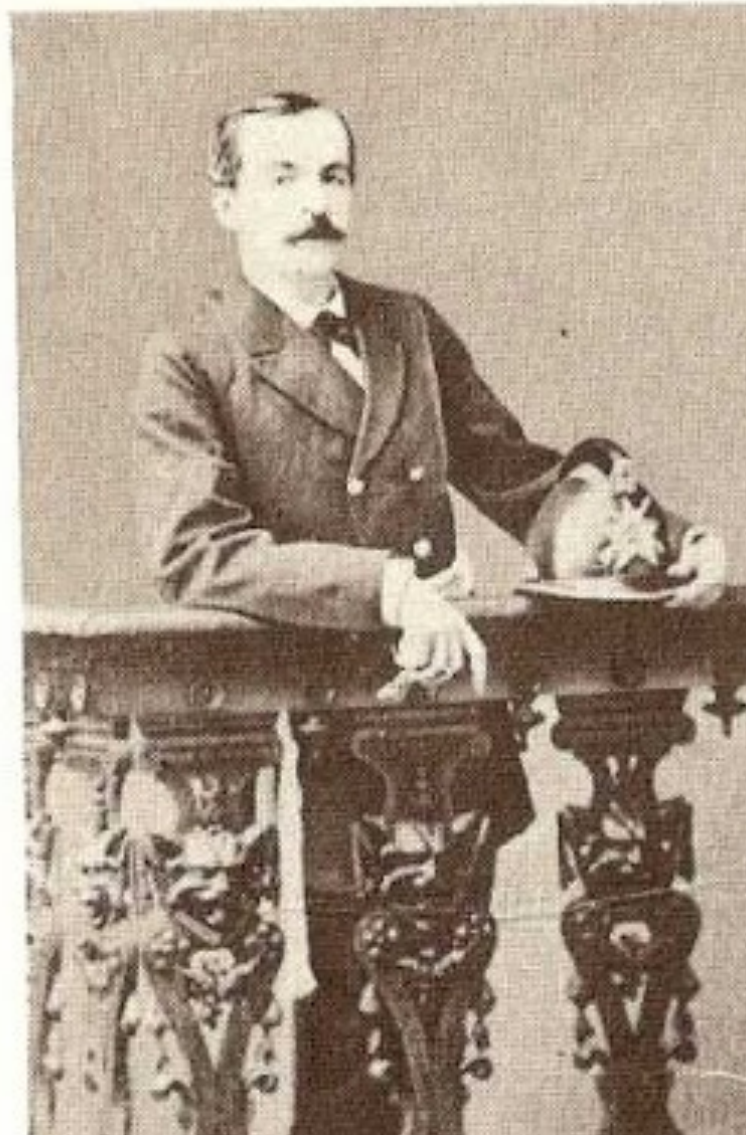
sujetos intelectuales que se ocupan de prácticas discursivas variadas (historia, literatura, política, economía, educación, entre otras), aunque en la prensa de mediados del siglo XIX se comienza a privilegiar la difusión y brevedad por sobre la complejidad y extensión, creando, a su vez, lectores con intereses heterogéneos (Ossandón, p. 121).

Pues bien, la prensa decimonónica se convirtió en un espacio socio-discursivo central para la interacción e intervención intelectual, como en el caso de Arteaga Alemparte y su hermano Domingo, que “les franqueó el camino hacia una prominente visibilidad pública: hacia un lugar próximo a los nuevos «notables» que habían tomado el relevo de los representantes del rey en la administración de las nuevas repúblicas hispanoamericanas” (Myers, p. 36). Debemos recordar que en la prensa latinoamericana confluyeron a lo largo del siglo XIX letrados como Andrés Bello y Domingo Faustino Sarmiento, más tarde modernistas como Rubén Darío y José Martí, siendo el “lugar donde se debatía la «racionalidad», la «ilustración», la «cultura», que diferenciaba la «civilización» de la «barbarie». De ahí que sea posible pensar el periodismo de entonces como el lugar donde se formaliza la *polis*, la vida pública en vías de racionalización” (Ramos, p. 125).

Pese a la trayectoria que hemos resumido de Arteaga Alemparte, durante el siglo XX solo algunas obras de carácter biobibliográficas han abordado parte de su producción, ejemplo de esto son: *Justo y Domingo Arteaga Alemparte: ensayo biográfico y juicio crítico* (1919), de Gabriel Amunátegui Jordán, y la antología de Raúl Silva Castro, *Ensayos político y morales* (1967), que cuenta con una amplia introducción biográfica por parte del crítico. Uno de los problemas para el conocimiento más preciso de sus textos, radica en el carácter periodístico de la mayoría de estos, por lo que se encuentran dispersos en periódicos, diarios y revistas

que actualmente son de acceso principalmente a través del trabajo de archivo, ya que no existen reediciones modernas de sus escritos (el último esfuerzo de recopilación fue el mencionado libro de Silva Castro).

No obstante la carencia de estudios monográficos sobre este autor y la dificultad para acceder a sus escritos, en los últimos años se ha transformado en un intelectual que ha sido recuperado principalmente en diversos trabajos relacionados con la emergencia y formación de la prensa decimonónica. En esta dirección, encontramos las investigaciones que han desarrollado (algunas ya citadas más arriba) Carlos Ossandón (1998), Carlos Ossandón y Eduardo Santa Cruz (2001), Eduardo Santa Cruz (2010) y Marina Alvarado (2015). Aunque se centran primordialmente en el



papel de Arteaga Alemparte como modernizador y fundador de medios periodísticos, por ende, no se detienen en un examen más detenido de sus escritos y actividad política. También se ha estudiado la veta americanista de sus trabajos, tal como se puede reconocer en las investigaciones de Bernardo Subercaseaux (1980), Ricardo López (2011) y Alejandra Bottinelli (2018), que se centran en las coyunturas bélicas y políticas del periodo.

Ahora bien, consideramos que la producción de Justo Arteaga Alemparte merece todavía una revisión más acuciosa y de conjunto para reflexionar más allá de su labor de publicista, sino también como un intelectual comprometido con su época, que fue capaz de reflexionar sobre diversas temáticas sociales, culturales y políticas sin tratar de imponer un adoctrinamiento político partidista. La formación de la esfera pública moderna en la que contribuyó este pensador asimismo es fundamental no solo por abordar temas políticos vastos y polémicos, sino también porque en su labor en la prensa abrió espacios para la literatura y la incipiente crítica literaria y cultural del país. *La Semana*, por ejemplo, fue un significativo medio para que muchos escritores como Demetrio Rodríguez Peña, Manuel Blanco Cuartín, Víctor Gregorio Amunátegui y los hermanos Alberto y Joaquín Blest Gana, entre otros, comenzaran a ser reconocidos por un público más masivo. Pero también el periódico congregó a intelectuales ya consagrados como Miguel Luis Amunátegui y José Victorino Lastarria –este último publicó aquí su famosa novela *Don Guillermo* (1860)–.

Arteaga Alemparte observa que la “política es la manía dominante de las sociedades sudamericanas” (1967c, p. 129), frente a ello propone:

No es en la cuestión política en la que están vinculados los destinos de los pueblos, es en la cuestión social, que las abraza y las resume todas. Fundemos escuelas para instruir a las masas; fundemos periódicos para propagar y sostener la verdad; fundemos asociaciones para centralizar y uniformar la acción social; creemos la iniciativa social: y veremos entonces si hay gobierno que usurpe a la sociedad sus fueros y si hay algo que sobreponerse pueda a su voluntad (1967b, p. 111).

De todos modos, él nunca renunció a lo político como un espacio deliberativo crucial para la República. Un ejemplo de esto, fue su colaboración en el punzante periódico, fundado por Vicuña Mackenna y que le costará un segundo exilio, *La Asamblea Constituyente* (1858), con los artículos: “El principio de la autoridad y la ley del progreso” y “El gobierno de la discusión”. En estos textos promovía el librepensamiento, la libertad de prensa y denunciaba el autoritarismo del gobierno de Montt, emplazando a la refundación de Chile mediante la elaboración de una nueva Constitución, en concordancia con el objetivo del periódico.

Aunque nuestro publicista se interesó principalmente por la consolidación e independencia de la sociedad frente a la arena política. Al respecto advierte: “Hay un mal que remediar, un bien que obrar, un conflicto que superar: todos fijan sus ojos en el gobierno, y si él no se mueve nadie lo hace tampoco [...] Así vemos a los gobiernos siéndolo todo y a la sociedad completamente anulada, no siendo nada” (1967b, p. 108). Para contrarrestar dicho problema que aqueja a la sociedad, Arteaga Alemparte considera que desarrollar: “la autonomía social, hacerla fuerte, respetable, es la labor que está llamado a emprender todo lo que piensa, medita, trabaja y realiza

en el campo social. Esta autonomía tiene por fuente la dignidad humana y por base la libertad” (1967b, p. 128). Es en este ámbito de lo social en el que pensamos la trascendencia de rescatar la figura de Justo Arteaga Alemparte como un intelectual que nos da la oportunidad de repensar algunas conceptualizaciones y actividades culturales nacionales que emergieron durante el siglo XIX como: los círculos literarios, la prensa, la opinión pública, lo político, la libertad de expresión y la crítica cultural en general.

Por último, nos gustaría añadir que el proyecto intelectual de Arteaga Alemparte pretendió decirle la verdad al poder que, como ha expuesto Edward Said, consiste “en sopesar cuidadosamente las alternativas, escoger la correcta, y luego exponerla inteligentemente donde pueda hacer el máximo bien y provocar el cambio adecuado” (p. 121).

REFERENCIAS

- Alvarado, M. (2015). *Revistas culturales chilenas del siglo XIX (1842-1894): historia de un proceso discontinuo*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez.
- Amunátegui Jordán, G. (1918). “Justo i Domingo Arteaga Alemparte. Ensayo biográfico y juicio crítico”. *Anales de la Universidad de Chile*. 142, pp. 479-570.
- Arteaga Alemparte, J. (1967a). “Todos tienen razón”. *Justo Arteaga Alemparte. Ensayos políticos y morales*. Raúl Silva Castro, editor. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, pp. 101-106.
- Arteaga Alemparte, J. (1967b). “Enervamiento social”. *Justo Arteaga Alemparte. Ensayos políticos y morales*. Raúl Silva Castro, editor. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, pp. 107-111.
- Arteaga Alemparte, J. (1967c). “La propaganda de las ideas”. *Justo Arteaga Alemparte. Ensayos políticos y morales*. Raúl Silva Castro (ed). Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, pp. 123-137.
- Bottinelli, A. (2018). “Un Chile americanista”. *Historia Crítica de la Literatura chilena. Volumen II. La era republicana*. Bernardo Subercaseaux, coordinador. Santiago de Chile: LOM, pp. 171-202.
- Figuerola, P. P. (1897). *Diccionario biográfico de Chile. Tomo I*. Santiago de Chile: Imprenta y Encuadernación Barcelona.
- Home, D. (2018). “La Guerra contra España como antecedente de la Guerra del Pacífico: opinión pública, prensa y sociedad civil”. *Relecturas de la Guerra del Pacífico. Avances y perspectivas*. Patricio Ibarra y Germán Morong, editores. Santiago de Chile: UBO Ediciones, pp. 27-47.
- Lastarria, J. V. (2001). *Recuerdos literarios*. Santiago de Chile: LOM.
- López, R. (2011). “El americanismo en Chile ante la expansión política y militar europeasobre Hispanoamérica (1861-1871)”. Tesis doctoral. Santiago de Chile: Universidad de Chile.
- Mc Evoy, C. (2012). “Civilización, masculinidad y superioridad racial: una aproximación al discurso republicano chileno durante la Guerra del Pacífico (1879-1884)”. *Revista de Sociología e Política*. 42, pp. 73-92.
- Myers, J. (2009). “Los intelectuales latinoamericanos desde la colonia hasta el inicio del siglo XX”. *Historia de los intelectuales en América Latina. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*. Jorge Myers, editor. Buenos Aires: Katz Editores, pp. 29-50.

Orrego Luco, A. (s/f). “Un grupo de periodistas. Jotabeche, Isidoro Errázuriz, Justo i Domingo Arteaga”. *La Revista Nueva*. 1, pp. 23-38.

Ossandón, C. (1998). *El crepúsculo de los sabios y la irrupción de los «publicistas»*. Prensa y espacio público en Chile (siglo XIX). Santiago de Chile: LOM/ARCIS.

Ossandón, C. y Santa Cruz, E. (2001). *Entre las alas y el plomo. La gestación de la prensa moderna en Chile*. LOM/ARCIS: Santiago de Chile.

Ramos, J. (2003). *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y Política en el siglo XIX*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio.

Said, E. (2007). “Hablarle claro al poder”. *Representaciones del intelectual*. Isidro Arias Pérez, traductor. Barcelona: Debate, pp. 103-121.

Santa Cruz, E. (2010). *La prensa chilena en el siglo XIX. Patricios, letrados, burgueses y plebeyos*. Santiago de Chile: LOM.

Silva Castro, R. (1967). “Introducción biográfica”. *Justo Arteaga Alemparte. Ensayos políticos y morales*. Raúl Silva Castro, editor. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, pp. 11-89.

Subercaseaux, B. (1980). “Visión de Estados Unidos y América en la elite liberal (1860-1870)”. *Araucaria de Chile*. 11, pp. 21-34.